

IV BIENAL ANTONIO
NACIONAL CRESPO
DE LITERATURA MELÉNDEZ
2019

Esmeralda del Rosario
Rendón Berrios

MI PRIMER JARDÍN DE CERTEZAS
retratos a cuatro manos de una memoria-pueblo

CRÓNICA





**Mi primer jardín
de certezas**
Retratos a cuatro manos de
una memoria-pueblo

IV Bienal Antonio Crespo Meléndez
MENCIÓN Crónica
GANADOR 2019

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana y Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2021

Mi primer jardín de certezas

© Esmeralda del Rosario Rendón Berríos

Corrección

Ximena Hurtado Yarza

Diseño de portada

Javier Véliz

Diagramación

Lic. Jennifer Ceballos

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

© Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2021

Mercedes a Luneta - Parroquia Altagracia.

Apdo. 134. Caracas. 1010. Venezuela.

Teléfonos: 0212-562.73.00 / 564.58.30

www.casabello.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2021001329

ISBN 978-980-01-2244-0

Esmeralda del Rosario Rendón Berríos

Mi primer jardín de certezas

Retratos a cuatro manos de
una memoria-pueblo

Colección *Bienales*

Escrituras de la patria en revolución son los libros
premiados por el Sistema Nacional de Bienales.

Nuevos nombres de la literatura venezolana
que tallan el corazón libertario del ser bolivariano.

“Salve fecunda zona...”.

Nuestro padre Andrés Bello tutela el tránsito de la
palabra que es utopía y eternidad, por cuanto la
geografía que habitamos está poblada
de escritura y sueño humano.

Por eso ponemos en sus manos los libros que nos
nombran desde lo más profundo del ser
y el paisaje venezolano.

CONCURSO DE CRÓNICA
IV BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
ANTONIO CRESPO MELÉNDEZ 2019

VEREDICTO

Quienes suscriben, Lorena Almarza, Luis Alberto Crespo y José Roberto Duque, integrantes del jurado de la IV Bienal Nacional de Literatura “Antonio Crespo Meléndez” 2019, mención Crónica, tenemos el placer de comunicar el resultado y comentarios de nuestras deliberaciones:

1) Celebramos la convocatoria de los diferentes y múltiples certámenes de literatura por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, pues constituyen vías de gran valor para conocer las voces creadoras de nuestro pueblo.

2) Nos sentimos gratamente impresionados por la cantidad y calidad de los trabajos enviados a concurso, y que sin lugar a duda, es una clara señal de la vocación de nuestros creadores por contar y celebrar al país y a sus referentes.

3) Hemos seleccionado por unanimidad, como merecedora del premio único de esta convocatoria, la obra titulada *Mi primer jardín de certezas, retratos a cuatro manos de una memoria pueblo*, firmada con el seudónimo “Pájaro de mar por tierra”, y cuya autora resultó ser Esmeralda del Rosario Rendón Berríos, en tanto, “la autora en espléndido ejercicio de la crónica, que ensambla inocencia y oralidad, supo tejer la prosa testimonial en clave poética y el trazo de los pintores ingenuos, para contar la historia personal y la historia de un pueblo y sus gentes”.

En Caracas, a los 28 días del mes de octubre de 2019.

Lorena Almarza Luis Alberto Crespo José Roberto Duque

Al Pueblo-Padre,
que me llevó de la mano a conocer el maíz,
y me enseñó a amarlo
en todas sus facetas.

Me mostró un molino que me sedujo
y me condujo a venerar las manos y los hornos
que producen pan.

Al Pueblo-Madre
que me acunó con abundante blanco y amarillo,
azul, naranja, rosa, rojo, morado
y todos los tonos por haber de verde;
y me arrulló con aguas y con piedras
y sonajeros de plumas.

A Isabel Moreno
insigne embajadora
del maíz de polvo y las mantecadas,
del temple y la dedicación,
las manos para convertir
la harina en pan
y la ofrenda generosa en eso
que ennoblece a los pueblos

Sé que en ti siempre están
Por si yo los buscase
El ala y el olor
La luz el agua el aire
Sé que tú me conservas
Por si quiero encontrarme

Juan Ramón Jiménez

En aquel tiempo todo era tierra

Tierra en las casas, las carreteras, las calles, la escuela, la iglesia, la plaza.

Tierra en el piso, tierra pisada en las tapias.

Tierra en las cazuelas, el budare, en los cántaros de guardar leche, en la tinaja.

Tierra en los hornos de cocinar el pan, y en los solares de las casas.

En las manos de los campesinos, tierra; en el orillo de sus uñas y sus sacos, tierra sudada.

En los caminos y en los caminitos, tierra polvorienta.

Tierra que en algunas partes se hace greda, y en otras, arvejas, habas, cebolla, papa; helechos y frailejones; azucenas y calas; eneldo, toronjil, mejorana, o pinitos en la plaza.

En aquel tiempo todo era tierra y agua.

Agua de manantial, agua de nube. Aguas enfurecidas del río interminable.

Aguas cantarinas de arroyitos y escandalosas cascadas.

Agua durmiente en la laguna: sin más, una “O” empozada, a la que solo las patas de los patos levantaban sus delicadas enaguas.

Un solo de silencio en contrapunto con el sonido orquestal de la quebrada.

Agua vigorosa que transforma el trigo.

Agua que muele, agua que lava.

En aquel tiempo todo era tierra. Tierra y agua...

Y entre la tierra y el agua, los puentes llenos de ríos verdes en sus ramas, que nos donaban su vaho con el primer cacarear de la mañana.

Los ocupantes eran personas ocupadas, por ejemplo: los instructores en la escuela, con los estudiantes, y por ahí mismo, el que vendía hojas de examen, lápices y cuadernos. En el dispensario, las enfermeras y los médicos, una lista de pacientes, y el boticario cerca (que también sabía mucho de remedios). Un sacerdote en la iglesia, con monaguillo y corista, y una feligresía para montones de “Tantum ergo” y “Padrenuestros”. En la prefectura, no más de dos policías acompañando al escribiente y al prefecto. Ah, teníamos cómo enviar y recibir telegramas, y también teníamos una oficina de correos. Teníamos leche de vaca, queso, mantequilla, maíz, tres topias, un budare y un tiesto. De vez en cuando abría el que vendía carne (el pesero)... Había también quien vendiera fósforos y velas y esas cosas que no se pueden sembrar en las huertas ni en los barbechos.

Teníamos las mejores panaderas, tejedoras, bordadoras, músicos y narradores de cuentos...Y también teníamos una sala de cine, y películas donde salía María Félix, Pedro Infante y otros que hablaban y cantaban en mexicano, por un real, o real y medio.

Teníamos un camposanto y un sepulturero, y tumbas y floreros para que los difuntos fueran honrados por sus deudos.

Teníamos un piso y un techo...Y más arriba del techo, una nube de palomas y cantos que nos hacían, una y otra vez, fijar la vista en el cielo.

Los ocupantes I

Cármenes, Ángeles y Juanas

¡Cármenes! Eso era lo que abundaba.
El pueblo estaba lleno de árboles. Jardines de
árboles, quiero decir, de Cármenes... Y de eso
se encargaban ellas. De echar flores y frutos
todo el año.

Los Ángeles y las Ángelas hacían las cosas
diferentes, como si les hablaran desde un
lugar secreto, como si hubieran venido al
mundo con un ala más grande que otra...
Los pequeñitos, los “angelitos” siempre
estaban pálidos, dentro de un cajoncito, y
la gente grande, los hombres les cantaban.

Todas las Juanas que recuerdo eran buenas, pero había una a la que me hubiera acurrucado como gato o perrito faldero... Ella era... Ella podía haberse llamado Juana Ternura, Juana Caramelo, Juana Caricia.

Papá nos enseñó a decirle “Tía Juana”, y mi hermana y yo la llamábamos así, con la boca enfiestada y la voz derretida... como queriéndole decir “Alteza”, “Astro Mayor”, “Diosa de los Mil Rayos Amorosos”.

Lolas y Lolitas

A una de ellas le dicen La Lola, no sé si por Dolores o por Auxiliadora, y era como decirle “la que se las sabe todas, la que le sale al tigre, la guerrera...”.

La otra es diferente. Es dulce y quebradiza. Es Doña Lola. Ella era antes la directora de la escuela, pero no le gustaba dirigir. Prefería abrazar y hablar bajito. Cuando hablaba parecía un manojito de violetas con follaje de hinojo tembloroso.

Las Lolitas eran como unos varejones de margaritas, con el corazón amarillo, lumbroso, abierto y redondo de puro bueno.

Josefas y Chepas

No a todas, pero casi a todas las Josefas les decían Chepa.

Yo no sé por qué este nombre –Josefa– tan grave de acento y tan ancho de espalda se lo ponían tanto a las mujeres en mi pueblo... Tal vez para ratificar su destino desde niñas: ¡Ser CARPINTERAS!

En la escuela seguro que siempre había una Josefa de maestra.

¡Cómo sabían pasar la pulidora estas mujeres a la madera áspera!

Gota a gota, cuesta a cuesta, las Josefas van apartando el aserrín de la materia.

Este es un pueblo de locos

Los Crespo no tienen crespos. Los
Castro no son castrados.
El señor Higuera no da higos ni los
Apure andan apurados.

El señor Cruz no carga una cruz en el
bolsillo. Los Mora son rosaditos, no
morados. Los Ángel no tienen alas y
los Moreno son blanquitos.

¿Y qué decir de los Pérez-Gil?... Hace, muuuuuuicho que viven separados.

Los Toro no tienen cachos y no se parecen nada a las Becerra.

...Y Luz Marina, mi compañera de clase era Delgado..., pero era más bien robusta por fuera y por dentro. Esa sí era capaz de arrancar la foja que no era justa en el salón de clase y volverla polvo, para defenderme a mí, y sin pedir nada a cambio. Ella nació así: “amiga”. Eso sí, con todo el brillo y el calor de un mar lleno de luz.



... Y así fui creciendo con la sinrazón al lado de la razón...

Como para que me acostumbrara a dejar un espacio para lo que se sale de la línea o no cabe dentro de las cuatro esquinas de la hoja. Como para que no me fijara sólo en lo razonable.

... Como para que advirtiera que la locura tiene un puesto respetable en la vida. Que es levadura del alma y no semilla de desecho.

También entre ellos aprendí a pronunciar y a querer la palabra “amigo, amiga”, y supe que el amigo lleva consigo un templo, donde uno acude desde la vulnerabilidad, para salir sano y salvo, erguido y limpio.

La Niña Aminta

Era tan alta, tan dadora, tan árbol, que todos buscaban acampar bajo su sombra.

Era de un alfar tan especial esta alfarera, que podía desgranar maíz en la noche más negra, con la misma entrega y sosiego con que desgranaba los rosarios.

...Y asumió a Dios-Amor en los sueños de los otros, en el dolor de los otros, en las destrezas y torpezas de los otros, en la celebración de las visitas, en la alegría de una flor abierta, en la amistosa compañía de un gato.

La Niña Amalia

La Niña Amalia era una niña que en sus brincos de pájaro quiso bajar una pomarrosa (con su boca-pico) del árbol, y se le fue enterita. Y se le quedó ahí atravesada... Por eso es que habla ronco y tiene el cuello tan ancho. Dios mío: dale un cuello nuevo a la Niña Amalia. ¿No ves que ya ni puede casi hablar ni darte serenatas, y el catecismo se le vuelve puros nudos en la garganta? ... Y también, si puedes, dale unas medias de nailon nuevas. Las que carga están roticas y se le nota mucho porque ella es morena y usa medias claras.

Una dama de antes

Parece de otra parte, de otra época. Ella se viste diferente, se peina diferente, habla diferente. Hasta la taza de café la agarra diferente.

Parece una postal. Una dama de antes, con traje hasta el tobillo, con cintura apretada y las mangas anchas en los hombros.

Tiene la cara de porcelana, como las muñecas. Así como la muñeca grandota aquella que caminaba por las calles, cuando la llevaban a hacer visitas. Dicen que no hablaba, pero sí tenía nombre y se reía como una niña con dientes de leche.

¡Parece mentira esta historia de la dama de postal que conversa y la muñeca que sale de visita!



Así me fui familiarizando con ese otro lado de las cosas, tan extraño como fascinante y necesario: lo fantástico.

Tal vez aquí se me hizo visible lo cerca que está la realidad “real” de la imaginaria. Tal vez aquí empecé a darle valor al mundo que nosotros mismos inventamos, y a sentir que la vida se vuelve más interesante cuando dejamos de mirar como rivales lo que tiene vida sin nuestra intervención y aquello que creamos... y que nos permite maravillarnos, saborear el asombro y querer andar cerca de lo mágico.



El oficio de mi padre

Yunque, martillo, tenazas. Una fragua.

Pulidoras. Un mesón de carpintero. Herramientas para repujar. Limas, cuchillos y diferentes tijeras.

Compases, escuadras, y esas cosas que usa el ingeniero.

Una silla giratoria, máquina de peluquear y hasta un aviso: “BARBERO”.

Cómo decir el oficio de mi padre, si se volvía piedra con la piedra, si iba de duro a blando con el cuero; tizón rojo se volvía con el fuego, y se volvía puerta, silla, casa, escalera, y ataúd y cruces se volvía...
y epitafios y lápidas de cemento.

Entonces, ¿qué hacía mi padre?

Mi padre decantaba canciones mientras le sacaba
forma a la madera, mientras remojaba la suela,
batía la mezcla,
forjaba el hierro...

¿Y mi madre qué era?

¡Cómo llamarla: hormiguita, mariposa o abeja... si en la casa era más bien una constelación de todas ellas!

¡Cómo llamarla! Por esmerarse en hacer bonitas las arepas, agrandar la comida, y que se viera bien coqueta en la mesa; por planchar los pañuelos sin quemarlos, y ponerlos dobladitos en el porta-pañuelos (que ella misma hizo y era bello).

Por expresarse con gracia y mucha inteligencia; por visitar personas que casi nadie en el pueblo visitaba (por miedo a que los prejuicios les halaran las orejas).

Por arreglar la cesta con avío y seducirnos a todos a salir de paseo; por hacer esos dulces que atraían como imanes; por hacer el pesebre distinto cada año.

Por esperar a las visitas con sorpresas, por inventar obras de teatro y ofrecerlas, por inculcarnos el gusto por las artes y la ciencia.

Por envolver el regalo en papel fino y ofrecerlo con todo y tarjeta (¿Cómo hacía esto?, ¿de qué sombrero lo sacaba?, ¿de qué faldriquera?).

Por arreglar las arras de los novios y las flores de la iglesia.

Por esconder de sus hijitas el pan duro, y beberse solita sus tristezas, sus dolores, sus carencias.

Por no lanzar nunca una queja, ni porque el agua no llegaba a la cocina, ni por las goteras.

No sé si basta con llamarla Artista-Maga-Hechicera.

La Srta. Carmen, la maestra

Nos enseñó el mejor juego del mundo: los números y las letras.

Nos enseñó a usar el alfabeto para nombrar las cosas –las cercanas: madre, rosa; las más lejanas: barco, vela– y para describirlas: bello, roja, grande, buena... y todo lo que faltaba para hacer oraciones completas.

Nos enseñó sobre las líneas y figuras geométricas. “Aquí tenemos un cuadrado”, decía, y nos mostraba los ladrillos, los ladrillos del piso de la escuela.

Y nos enseñó a sumar, nos preguntaba: “¿Cuántos triángulos puedes formar si unes las puntas de la estrella?”

La Srta. Carmen, la que nos hizo enamorarnos de los números y las letras, solía escribir en la pizarra: “Las cuentas nos salen mejor cuando cumplimos, que cuando nos quedan deudas”.

Dictado: La vaca ✓

Vimos una vaca.

La vaca tiene piel,
pulso, ojos, lengua.

La vaca come pasto.

La vaca lame a su
becerrito.

La vaca da leche.

La vaca camina
lentamente.

La vaca es mansa.

La vaca muje

La vaca está viva.

Los ocupantes II

Los campesinos

Los campesinos son como distintos. Hablan como si estuvieran luchando todo el tiempo... ¿contra el aire, el feroz aire del páramo?

Caminan como si siempre estuvieran halando algo muy pesado. Algo que llevan atado a la nuca... algo que arrastran.

Los campesinos huelen distinto: a tierra mojada en los pies, a mansedumbre de vaca en las manos, a bosque y a caballo en las piernas y brazos; en el pecho a flores de naranjo; a boronitas de paciencia en los bolsillos, y debajo del sombrero, a un poco de jumangue machacado.

Los tontos enamorados

Ellos son una familia sin apellido. Bueno, nunca nadie los nombró.

Andaban juntos para arriba y para abajo.

Los tontos, decía la gente, no tenían donde caer muertos. Vivían en un rancho, y traían leña a vender al pueblo de arribota, del llano.

Andaban él, ella y dos hijitos ojones y mocosos, con los pantalones remendados.

Él y ella se miraban y se agarraban de la mano. Y entonces se reían. Mostrando sus encías rojas, inflamadas, llenas de chimó y los dientes negros y como escondidos o tal vez muy gastados, como los cuchillos de tanto pasarlos por la piedra...

Pero también mostraban algo. Algo que no se veía en los demás del pueblo. Por eso me asombraba. Porque ellos andaban por las mismas calles pero con diferente pisada.

Después supe que a eso le llaman “estar enamorado”.

Ahí van los tontos,
tontos de puro amor,
pisando el piso duro sin dolor.

Toña

Toña mira feo, como con ganas de asaltar al primero que se le atraviere. De asaltar para aferrarse a algo: un saludo, un abrazo, un plato de conversación amable. Cualquier cosa que le devolviera el sentido de lo humano.

Toña se vio obligada a armar su propio cuerpo. Lo primero que hizo fue llenar sus pupilas de miedo. Por eso mira feo. Por eso dan miedo sus miradas.

A Toña le pasó como a tantos, que cuando son abandonados les es más fácil optar por convertirse en eso, en abandono, pues.

Toña lleva a todas partes sus cosas atapuzadas en un costal de fique...

Es que un costal es lo que más le sirve de maleta para sus pertenencias: despojos, opresiones, credos mutilados, intemperie, indefensión... hambre y sed. Ah, y unos apuntes suyos sobre “Cómo arreglárselas para ser testigo –sólo por el día de hoy– del sol poniente”.

También lleva retazos de canciones que une como vayan saliendo.

Tal vez, en vez de Toña, ella hubiera preferido llamarse “Trébol”, y vivir y morir a orillas del naciente como trébol, sin que fuera arrancada de la tierra.

La Nicha

Con ese cuerpote más bien parece un caballo. O un hombre con vestido parecía. Con un vestido gris, opaco, ensombrecido, un sombrero y unos senos enormes tocando la cinturina de su vestido, y se suspendían cada vez que daba un paso. Y levantaba las rodillas dando saltos, como trotando.

Al trote va calle arriba y calle abajo la Nicha, con la cara y la piel de pozo seco, con la sonrisa vuelta noche y las mejillas colgando. (Todo lo suyo parece tan pesado)... Tal vez hastiada de tanto oír lo mismo todo el tiempo: “Venga, vaya, haga, dígame, traiga”; y de tanto responder ella lo mismo: “Sí se..., Sí se..., Sí se..., Sí se...”.

Dominga y Francisca

... junto con Encarnación, Florencio, Trino e Inocencia, eran algunos nombres de personas que casi eran y casi no... Dominga y Francisca, y los demás no sabían... Pensaban que así era como tenía que ser; y trabajaban mucho, mucho.

Tenían un cuerpo, claro, pero habían donado sus brazos y manos, pies y espalda, lengua y voluntad, a los señores de la casa.

Se acostumbraron a trasladar cosas de otros: jarras, tazas de café, bandejas, cestas, floreros... Les habían puesto un baúl al lado de la cama para sus pertenencias, pero ellas tenían puros deberes... y eso era lo que en el baúl cargaban.

Aparicia

Aparicia –la de los ojos caídos, medio asomándose en unos párpados que los cubren como cascadas sobre piedras pardas– dicen que no se llama Aparicia.

Que fue que desde muy pequeña, le ponían un haz de leña en la espalda para que fuera a venderla al pueblo, y que le decían: “¡Hupa! ¡Recia!, ¡Hupa!, ¡Recia!” para que se levantara del suelo con la leña encima... y a caminar...

Ella era como de otro mundo. Siempre que va a la medicatura grita desesperada *ca-shem-bo* o algo así, y se señala la espalda, pero no le entienden y entonces dizque le inyectan pura agua (destilada será) para que crea... y se vaya tranquila. También dice cosas como *i-fu-que*, *gua-ra-pa*, *cu-lan-tri*. Eso sí se le entiende... y cuando sale el arcoíris, ella se pone contenta y alza las manos como recitando y dice: *ni-si-si*... Como si hablara otra lengua.

¡Claro! Ella es una descendiente cuica, que al verse despojada de su lengua originaria, de sus costumbres, de sus cantos y rituales, entró en pánico. Y el pánico se le pasmó... Se le fue para la cabeza y la garganta. Por eso, su cabeza corre y corre, las palabras le tiemblan, y la mirada se le quedó perdida como si fuera ella la extranjera.

¿Extranjera o extrañada?

Julio o el halo de pena

Él es Julio. Un hombre joven pero no hace lo que hacen otros jóvenes. Julio tiene una sola pierna y se afinca, para caminar, en una muleta.

Tiene algo en su rostro que congela y a la vez acerca: la palidez de la desesperanza.

Se le ve seco, como un árbol del sur en julio... Hasta huele a tango. Y su madre más... Ella llora por la nariz y por los ojos todo el tiempo.

Él no se queja, no dice sus dolores, sólo convive con ellos.

Él es... Él era Julio, y era también una encarnación de la tristeza.

Su olor a tango y el halo de su pena estuvieron por largo rato abriendo los poros de quienes lo vieron.

La muchacha que reza y reza

Una de las muchachas no para de rezar. Se obsesionó con “ir al cielo”.

Todos los días toca las puertas pero le contestan que está sucia, embarrada de pecado, que no es digna.

Ella –ansiosa de su salvación– cambió de identidad.

Incorporó en su cuerpo a un ser que ella sabe que todos dicen que no hay duda que es un ser sin mancha.

Así sí puede hablar de tú a tú con la Virgen Madre, calzarle las sandalias a Jesús y tocarle la barba al Padre Eterno.

Para ella, esto de ir al cielo no es un juego. Y ella sufre, sufre mucho por eso.

Una casa llena y vacía

¡Qué casa! ¡Qué cosas! ¡Cuántas!
Una casa con tantos ladrillos y ventanas.
Con tantos corredores y cuartos
y edredones y sábanas.
Tan cargada de frutas y de granos.
Con tanto espacio.
Con tantas alacenas, y manteles y mesas.
Con tanto para los desayunos y las cenas,
y al mismo tiempo, tan vacía,
¡tan huérfana!



Cada quien con sus altos y sus bajos.
Cada noticia, cada cosa que pasaba enseñaba
que todos carecíamos de algo. Algo nos faltaba.
A unos, salud, a otros, vacas. A unos, hijos, a
otros, hogar de padre y madre. A unos, trabajo, a
otros, descanso, ocio, vagancia. A unos, educación,
modales, a otros, libertad, juegos, extravagancias.
A unos, cordura, a otros, locuras. A unos, afecto,
amor, abrazos, a otros, patrimonio contable,
mesa servida, arcas.
Estos dos últimos grupos eran los de la lista más
larga.

Farva para mañana

Descripción del color
gris

Gris es el color de la
sonrisa de la Nicha,
de los suspiros de
Julio, de las tardes
de Foña, de los
Domingos de
Dominga y Francisca,
del balbuceo de
Aparicia, de las
confusiones de la
muchacha que sufre
porque quiere ir al
cielo, del silencio
en la casa vacía.

55

Ángelus Domini

El Ángelus y las calas

Seguramente eran las seis de la tarde. La luz del sol empezaba a recogerse así como las gentes en sus casas.

Y uno, si estaba en la calle, se quedaba en silencio, con los ojos cerrados y la cabeza agachada. Las únicas que miraban al cielo eran las calas, las calas que crecían al borde de las calles.

Era el Ángelus. Uno no miraba. Sólo escuchaba como el pasar de unas alas o una túnica vaporosa y larga.

Uno sólo quedaba esperando que pasara cerquitica y sentir el roce de la túnica o del ala.

Las Eucaristías

Eucaristía la de la luz de la iglesia. Reposada.
Como invitando a que uno entrara más adentro, o
más arriba.

Eucaristía la del padre y los fieles, con su rezo
dialogado (y comenzaba el ascenso)... la que
ofrecía con el armonio el tío Eduardo, en el Sanctus.
(A este punto ya no éramos ni nuestra carne, ni
nuestra sangre, ni nuestros ojos).

Eucaristía la del incienso y delirante campaneó del
monaguillo, acompañando la hostia bajo el palio.
Era como si todas las familias de canarios hubiesen
dejado sus aposentos vegetales para entregarse
ahí, recién despiertos, locos por cantar sus aleluyas
al amanecer y embalsamarlo. Así se oía... Y nosotros,
que ya éramos pluma, también volábamos en lo alto.

La noche en que el cielo bajaba

Caminos de azucenas y gladiolas. Rosas abiertas y botones.

Galaxias de satén y de bengalas. Un millar de niños pequeños y grandes con alas.

Metal, piedra, madera, flores, cantos. Todo embriagaba.

¿Era en mayo o en diciembre?

Era una noche en que la Virgen era coronada.

Una noche en que sentíamos que el cielo realmente bajaba.

La gruta

De piedritas redondas traídas de los ríos, y también de lajas.

Friso de caracoles y conchas marinas. Camino para el agua. Y un montón de maticas florecidas.

La gruta. ¡Una gruta en la casa! La gruta para la Virgen en el patio, para que se entusiasme y se quede, y nos libre del mal y de los miedos. Sobre todo del miedo a la fealdad de alma.

Los mayores dicen que es por fe... Claro, para mirarla tanto que se nos aparezca de verdad y por fin comprobar que somos dignos.

¿A qué huele la iglesia los domingos?

De atrás hacia adelante, de izquierda a derecha
A hoja y concha de cambur. A ordeño. A sombrero sudado. A bolsillos y cuellos de sacos adobados de madrugadas.

A pastillitas de alcanfor. A colonia de “lavanda”. A honor. A gallardía. A elegancia, y también a pérdidas, a culpas y deudas rancias.

A misal y andaluza. A clavel y azucena. A ropa recién planchada. A secretos. A cadenas. A resfrío en el alma. A santísimas ambiciones.

A suspiros con peticiones y gracias. A llanto reprimido de alegría o de nostalgia. A resignación, a duelo, a rabia.

A todo eso zambullido en la pila bendita del agua.



Cada casa con su altar. A cada miembro una camándula... y santas y santos arriba de las puertas, detrás de la ventana, en el cuarto, dentro del libro, en la sala, en la mesita, en el carriel, en el pecho, en la almohada.

64

Como si no estuviésemos ya bendecidos. Como si no fuéramos ya ricos en verdes, en tierra fértil, en flores de saúco, en agua, en cielos límpidos, en soles y fríos cosecheros, en lunas inspiradoras, en creadores, en ganas de echar para adelante, en una manta urdida de historia luminosa, en sabiduría, en alma.

Tarea para la casa

Composición sobre
El día de San Rafael.

Gente de aquí y de otras partes
Mucha gente de los campos
a caballo.

Al Santo lo traen de la
Loma, del Otro Lado.

Es chiquitica la imagen
dentro de un nicho dorado.

Huele a pólvora en las calles.

San Rafael pasa en un
camión montado.

es una muchacha de pelo
largo.

Y va junto a Tobias, otro
muchacho

Y un enorme pez de cartón
dorado.

La gente aplaude cuando
pasa la Carroza con el santo
bueno, con los personajes,
como en el teatro.

Milagros en la mesa

Otra devoción: el tarro

La mesa de comer también era un altar, y en el centro de la mesa estaba “el tarro”. ¡Tenía que estar el tarro!

Es como un reloj que va marcando cuándo es lunes o martes y cuándo es sábado.

“De leche, de maguey,
de remolacha, de zapallo...

Vengo de tiempos remotos,
de aquellos antepasados
de piel cobriza y cabello lacio.

Soy el ají. Soy picante.

Soy intenso. Soy sagrado.

Me gusta retar la lengua
y me resguardo en un tarro”.

Yo no sé qué tiene el tarro. El tarro de ají rojo con blanco, o crepuscular, verde o morado.

¿Tendrá cosas de santo? ¿Tendrá secretos del gran mago?... Lo que sí sé es que le dejaba el estómago llenito al jornalero y el corazón contento para seguir la brega en la sementera hasta que la luz del sol –con la tardecita– se fuera apagando.

Era como si un alma divina habitara en el frasco... Como si dentro de él algo milagroso fermentara. Algo mágico para ahuyentar el hambre y el letargo.

Por eso, yo sí creo
que era sagrado el tarro.

Un manojito de berros

Papá llegando a la casa. Trae un manojito de berros en la mano. ¡Frescos, fresquitos! Los agarró por el camino. De un sitio por donde pasa un chorrillo...

Huelen, huelen los berros. Huelen a verde tierno, a amistad de niños, a fiesta sencilla de mediodía, a besos.

“Papá, y ¿quién le regaló los berros? Pues Dios... que sabe que su mamá dejó anoche arvejas remojando ¿Sí papá? ¿Y Dios sabe tanto? Sí. Dios sabe tanto y ama tanto que nos manda manojitos de berros. ¿Y nos los deja a la orilla del chorrillo? Sí. A la orilla del chorrillo”.

Dios... la Vida... el Universo... Una fuerza que nos da cosas buenas y oportunas como los berros, si creemos en esa fuerza y esperamos cosas buenas de ella... de él... de eso... El nombre no importa (eso lo supe después) pero en la casa le decíamos Dios.

...Y seguimos creyendo en los berros. Y mi mamá siguió remojando arvejas para comer ese otro día en el almuerzo.

El horno, el pan y las hadas que amasan

Hay fiesta en la cocina. Las mujeres andan como hadas volando, con delantal, un pañuelo en la cabeza, y una sonrisa que contagia a todo el que llega.

La harina, los huevos, las bateas... todo está en el mesón. Más abajo está el horno de tierra.

Un horno de tierra. Es para cocinar el pan, parece una casita redonda. La leña se volvió tizones en el horno. El rojo de los tizones relumbra. Habrá pan caliente dentro de poco, blandito y oloroso.

Son dos, a veces tres, las encargadas del pan en esta casa. Yo miro mitad paciente y mitad inquieta desde una banquetica, acurrucada.

¿Por qué se les ve tan radiantes a las panaderas alrededor del mesón del amasijo? ¿Por qué esperamos el pan con tanta gana? ¿Por qué le hacemos vigilia?

Después supe que en alguna parte del mundo, un día ya nadie tuvo horno ni harina para hacer pan. Entonces, ese día, dicen que la vida también se fue. Se fue de allí la vida.

En el comedor

En el comedor de la escuela unas mujeres cocinan.
Los niños desde la acera hacen fila.

Adentro las bandejas y las largas mesas esperan.
Nuestras caras también se vuelven largas porque
hay sopa de verduras y ensalada de vainitas.

La señora Eufemia nos ve torcer la boca y nos
enfrenta, felina: “Hay que comer de todo,... y en lo
verde hay mucha vitamina. ¿No es verdad, Carmen
Pira?”. “Así es”, dice Carmen. “No es sólo ensalada
rusa con puré de papa o torticas de carne molida.
No señor”.

...Y la señora Chica, con su uniforme azul y blanco,
servía, servía...

Farea para la casa
traer una adivinanza
Adivinanza (el saní)

Es un polvito
negro negrito ✓
como el café
cuando por la máquina
pasa tostadito

En el campo sale
de unas flores palidas
que llevan por dentro
pequeñas maracas

Huele en la cocina
la boca se hace agua
Dame un embutido
que esto es más rico
que cuajada blanca

Adivina pues
Edilia querida
esta adivinanza

Camino y verde

El pueblo: el parque

Por las calles, los trompos y las metras, los caballos
y las vacas.

En el cielo, golondrinas, palomas, arrendajos,
paraulatas.

... Y loros y gallinas, y pollitos y gallos en las casas.

El cucarachero recogiendo migas en el patio.

Mamá pájara haciendo nido en el árbol. En alguna
parte un gusano alimentándose; en otra, una crisálida;
en otra, uno o dos sapos, y una araña con su obra
terminada.

Por el camino, las hojas de yagrumo, para volar
papagayos o hacer sombrillas o paraguas.

Y un tobogán por la grama, sabanita abajo, de cuero
de vaca.

El manzanal y la miel

Siempre que vamos al manzanal, siempre está cargado de manzanas. Manzanas verdes y bellas. Pero hay algo que nos roba la mirada: mucha miel, que hacen allá las abejas. “COMO QUIERA –dice el cartel– EN EL PANAL O EN BOTELLA”.

No sé cómo hacen ellas para que la miel les salga así, sin removerla. ¡Sin paleta!

¡Cómo les rinde el trabajo a esas abejas!... Será porque trabajan de a bastantes y sin pereza.

Ah, y como dice don Segundo, que la cera no se pierde, que esa sirve para hacer velas.

... Y yo llegaba a la casa de regreso empalagada de sol, de miel y de ciencia.

En el molino, de paseo

Nos íbamos caminando con bastante panela de dulce y con queso. También llevaban frutas y una olla. Por el camino se iba agregando gente, y nosotros royendo los terrones de dulce... hasta que por fin, al rato, ¡estábamos en el molino!

El molino no era esas dos piedras chatas y redondas, que muelen con la ayuda del agua. Era más. Era un sitio y un símbolo. Era la caminata, los amigos, la comida. Eran las piedras que hacen rodar el agua de la quebrada. Era el agua que baja en ondas y saltos, tararea canciones, grita, llama y forma la alharaca...

Y al mismo tiempo que la panela se derretía y engrosaba, y luego la vaciaban sobre una piedra y empezaban a estirar la melcocha en el aire para ponerla catira, el alma se nos ponía blandita y dulce, como la melcocha. Y de pura alegría se ponía a chapalear con los pies llenos de baile.

Por la laguna todos los verdes

Por el camino a la laguna, todos los verdes verdean. Unos pálidos y tímidos, otros simpáticos y dicharacheros. Unos discretos, otros extravagantes. Y esos de al frente o de atrás. Esos de las montañas, que nos miran de cerquita, como un gigante que nos sigue los pasos. Esos enormes ojos abiertos, despiertos todo el tiempo.

Era como abrir un libro de Ciencias Naturales... sobre la tierra y el agua, la semilla, el árbol, los tallos, los frutos... sobre el nacer y renacer... sobre esa cosa terrosa y vegetal que somos.

Dos hornos y una plazuela

Una hilera de casas de teja, y en la mitad, casi sin pensarlo, una parada, para saludar al Nazareno que está allí, siempre con heridas que no sanan y una cruz en su hombro, pesada... y una mirada triste, triste y cansada.

Al lado opuesto, dos casas. Dos hornos. De uno sale pan sabroso para la mesa, del otro dicen que salió pan sabio de palabra para el alma.

Entre las dos hileras, está la plazuela en honor a un padre de aquí que le dicen Monseñor.

Para los más pequeños la plazuela era un juego. Un inmenso cartón de ludo, y de cualquier esquina, de brinco en brinco, se llegaba al centro...

para tocar la estatua de Monseñor.



¡Cuántos caminos hay! Anchos y estrechos. Caminos hacia el norte, hacia el sur... Por todos lados, caminos. Caminos dibujados de sauce o de hileras de piedras, o de mora silvestre o de jumangues.

Caminos empinados, travesías. Caminos que siempre llevan a un destino. Caminos que están ahí para que uno aprenda (aprendiera) a conjugar el verbo “elegir” en indicativo, en subjuntivo, en presente, en futuro, en singular o en plural.

82

Y con los años fui descubriendo que los caminos están ahí porque alguien los ha construido. Que no sólo podemos elegir sino también construir caminos... y destinos... y entendí que caminante, camino y huella son signos de una misma idea, como decir garganta - pájaro - canto, o claridad - llama - vela.

Ejercicio de Comparación

Los caballos y los Campesinos

Los caballos y los campesinos se parecen. Pueden resistir largas caminatas. No se quejan del frío ni del calor. Comen hasta que calman el hambre. Cuando tienen sed beben agua y para dormir no necesitan cama.

Los caballos ofrecen su lomo y los campesinos su espalda que es parecido. Sin importar la hora ni el día, si llueve o hace sol o se cayó el puente, o se desbordaron las aguas.

Los caballos y los campesinos se parecen. Tienen una inteligencia propia, y nobleza y una cosa cristalina en la mirada.

Casas y solares

La casa de Monseñor

Esta era una casa pequeña y pobre, pobre, donde dicen que hace tiempo nació un niño que era hecho de luz. Y que de tan grande que creció, sirvió para alumbrar muchos, muchos lugares.

Dicen que aquí en esta choza de tierra, estalló una chispa un día, en septiembre. Y la chispa fue creciendo y creciendo, con el deseo de ser fogata...

Y cuando ya estaba grande, eso fue, en eso se convirtió: en una fogata viajera.

La casa de los Briceño

Algo había en esta casa que me atraía, como si escondiera un gran tesoro. No, no era dinero. Era algo que andaba por el aire, que salía de adentro de la cal de las paredes, de debajo de los ladrillos en el suelo. Un secreto guardado entre las líneas que forman los carruzos en el techo. Tenía que ver con palabras recogidas del jardín y mucho cedro custodiando el silencio. Tenía que ver con el pensar, el sentir, el decir, con el deseo de servir y correr tras un sueño. Tenía que ver con el infinito y el misterio.

Al tiempo ocurrió el gran descubrimiento:

Una pluma que escribe y una rosa

Distintas cepas, diferentes viñedos

Una campana que suena y un rosario

Y un pájaro emprendiendo vuelo.

Este era el emblema de la casa de los Briceño, donde anduvo mi bisabuelo, mi abuela, y luego mi padre niño y bello, larguirucho y huérfano, acomedido y travieso.

¿Y quién me develó el misterio? Yo lo vi claro un día que vi a una de ellas –áurea y modesta– salir con el emblema puesto.

En el solar de mi casa

En el solar de mi casa sólo un cidro y un manzano.

Un oloroso cidro (más vale que hubieran sido cambures, duraznos o naranjas, que esos sí no necesitan cocinarse ni rayarse ni endulzarse).

Era imposible hacer trampa. Teníamos que conformarnos con el olor de aquel cidro; y nos quedábamos con las ganas de sentarnos a comer... debajo de las ramas del árbol.

Y cuando estaba cargado el único manzano, “No más de una manzana por día, que hay que dejar para el dulce” sentenciaba mi madre sin cambiar ni una vez su letanía.

En el solar de mi casa la gula no echó raíces.

Tras la mata de tuna

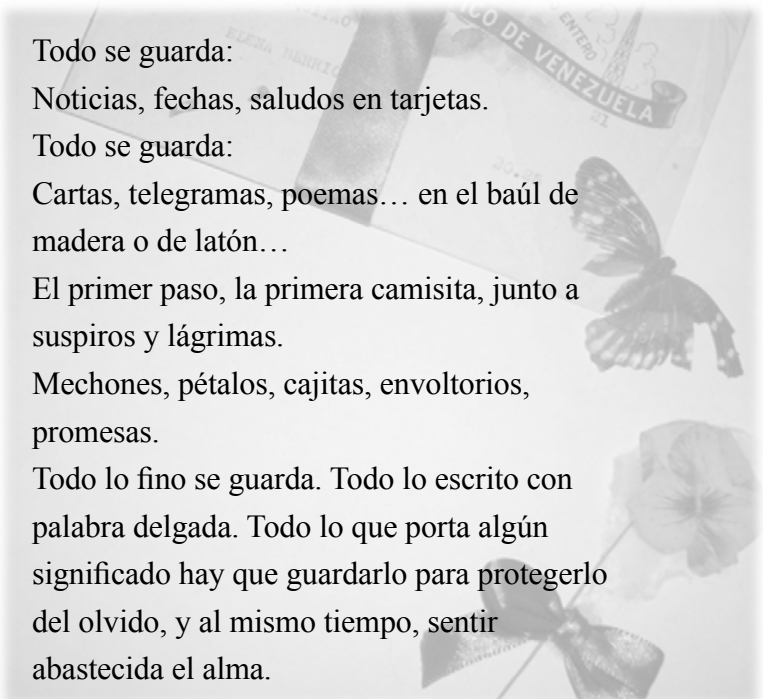
Cuando íbamos a aquella casa que salía de todo ese campo verde, abría su corredor –como un girasol– a todo el que pasara.

Ahí nos daban a beber amistad en pocillos de peltre, y nos dejaban saborear la libertad en bandeja de sol y de pasto.

La casa de Chico y Marta, con tantos hijos (para jugar) y tantas matas (para trepar)... pero había una: la mata de tuna. Esa era la que más buscábamos.

¿Por qué la perseguíamos tanto?... si las moras también son rojitas y sabrosas. ¿Por qué dejábamos la mata cargada de duraznos para correr tras ese árbol? ¿Por qué renunciábamos al dulzor de la verada o al acidito del tomate-taparito para emprender la búsqueda del cactus? Y al final, después de luchar con las espinas, ¡qué delicia, qué color, qué disfrute tener el fruto en la mano y exprimir su juguito en la boca!

Era como un laboratorio de la vida, la mata de tuna en el campo. Era como si hubiera en nosotros algo que sabe, callado.



Todo se guarda:

Noticias, fechas, saludos en tarjetas.

Todo se guarda:

Cartas, telegramas, poemas... en el baúl de madera o de latón...

El primer paso, la primera camisita, junto a suspiros y lágrimas.

Mechones, pétalos, cajitas, envoltorios, promesas.

Todo lo fino se guarda. Todo lo escrito con palabra delgada. Todo lo que porta algún significado hay que guardarlo para protegerlo del olvido, y al mismo tiempo, sentir abastecida el alma.

Tarea:

Composición Tema libre

El Museo

En el museo de aquí vemos cosas antiguas: una vitrola, lámparas, planchas de hierro y otras cosas que usaban la gente de antes. Y uno va al Museo sin pagar.

También hay cosas de barro hechas a mano más viejas todavía y también unos palos desmenuados que según Don Elbano tienen formas humanas.

Amablemente manda pasar a la gente y les explica. Don Elbano sabe mucho y se siente muy feliz mostrando sus cosas y contando leyendas sobre cada una de ellas.

El Museo es de Don Elbano y de todos en el pueblo.

Uno y los otros

Rafaelito, las flores, la muerte y la vida

Murió Rafaelito... lo mataron... Después lo pusieron en la sala. Y empezaron a llegar ramos de flores, cortinas blancas, cirios y lágrimas. La que más lloraba era su madre. “Ay Señor, me lo mataron”, decía. “Ah hijito de mis entrañas”. “Ah rigor, no se lo lleven, no se lo lleven”, gritaba.

Nunca más volvimos a ver a Rafaelito. Ni a las flores que pusieron en la sala... Fueron muriendo poco a poco.

A eso –después supe– se le llama “impermanencia”... Las flores lo saben, por eso no posponen su inflorescencia. Y también aprendí que todo lo que muere es una comprobación de la vida... Como Rafaelito, como las flores de Rafaelito.

V de vergüenza. V de Venezuela

Ese era el canto que cantaba Ligia, pasillo arriba y pasillo abajo, en los salones del Club de Amas de Casa. Eran cinco las “ves” que ella enseñaba.

También se lo transmitía a los escolares. Lo llevaba a todas partes. Lo llevaba en la solapa, en la espalda, en las manos, en los pies, en la palabra.

Lo tejía, lo bordaba. Lo cosía hasta en las cesticas que nos ponía a hacer con tiritas de hoja de maíz en-lazadas.

¡Amalaya, Ligia, esa bandera!

¡Amalaya!

La niña teme a la rosa

¿Qué tiene la rosa que no puedo tocarla? ¿Por qué no me atrevo a acercarme a ella?

“A todas, a cualquiera, menos a la rosa. De ella su perfume no más y desde lejos”... Era como si me dijeran eso. Como si me hablaran unas voces yo no sé de dónde.

Así de lejos, como se contempla la hostia oculta en el sagrario. Así, ligerito, como se le mira el rostro al sol. Así, timorata, como cuando uno está frente a un libro escrito en otro idioma, o lo presiente muy profundo.

¿Era terror tal vez lo que la rosa me inspiraba?

¿Tendría su belleza el poder de aturdirme, de atontarme, de asustarme? No lo sé. Sólo sé que la rosa siempre fue una “cosa” muy grande para mí.

¡Grande como una catedral!

¡Grande como una reina!

Los guerrilleros, el miedo y la corazonada

Cuando llegaron al pueblo unas personas vestidas de guerra, amaneció ese día más temprano... Nadie se movía, de puro miedo que entraba por las puertas de las casas y casi las reventaba...

Yo no sentí miedo. Yo *sabía* que no nos iba a pasar nada.

Era como si estuviera a punto de explotar un volcán, Como si fuéramos a ser sepultados por la lava... Pero yo no sentí miedo... Y vinieron, quemaron unos papeles de la prefectura y se fueron; y la gente encogida, entumida en las casas... Y no nos pasó nada.

Desde ese día, lo no habitual e inesperado ha sido un huésped mío casi cotidiano, y la fuerza de las corazonadas no ha dejado de darme guerra a punta de guiños.

¡Qué cosa tan rara es la corazonada!

Es como si viéramos una película antes de pasarla.

Es como si recibiéramos –sin letra– una carta.

Una niña juega

Una niña juega a las muñecas. En el juego la baña, la viste, la peina... le grita y la golpea, como queriendo castigarla.

De pronto sonó una voz, así como me figuro que hablan los sabios. Así, con fuerza, pero sin regaño, y dijo esto:

“No hagas a otro lo que no te gusta que te hagan a tí” ...

¡Era papá!... ¡Era mi padre el que hablaba!

Aquel día supe que la palabra “otro” es sagrada. Que “uno” y “otro” son como lo mismo... Que el maltrato tiene que estar fuera del juego, porque estorba, porque pone un muro, aleja...

Ese día, en mi jardín floreció una nueva campanilla, que aún llevo conmigo.

El examen final

Un martes, 10 de julio. En mi salón de clase parece que hay fiesta. Todo está muy elegante. Hay gente de otras escuelas, invitados, y comida de esa especial. Dizque para celebrar el examen final...

¿Final de qué? ¿Por qué?

¿Por qué tengo que mudarme? No, Dios mío. No me lleven de aquí. No me enmudezcan. No me corten mi mano derecha.

Quiero quedarme con la Srta. Carmen. Ella fue quien me llevó por primera vez a la rama del árbol cargado de frutas, como pájaro... a la corriente de agua, como pez. Siento que me separan del dios-rama del pájaro, del dios-agua del pez.

Ese día empezó mi lucha contra el tiempo, mi alergia a los “finales”, cuando uno está feliz nadando o picoteando una guayaba.



... Y van buscando su acomodo, su espacio las capas
de uno mismo
después del estremecimiento
al ser alcanzado por los rayos disparados desde
lo extraordinario
o la mordida hiriente de lo inesperado.
No es fácil. Cuesta para que se haga savia
en nuestros ríos. Pero al final
la espiga va engrosando su tallo.

Tarea: Escribir un Relato Real

Tema libre

El Grano de Carota

Yo misma lo sembré. Lo enterré en un frasquito con aserrín mojado (como me lo mandaron a hacer en la Escuela)

Y aquí está, en el solar, lleno de tallos y de hojas, y de cascarritas que esconden granitos negros como el que nos mandaron enterrar en el frasquito.

Estoy sorprendida y agradecida por este descubrimiento, con esa cosa mágica que hace que una semillita se vuelva planta y se multiplique con solo esconderla adentro de la tierra y regarla.

Es hermoso dar alimento a

Signos vitales

El ofertorio

En este pueblo cada quien tiene algo que ofrecer
El día del ofertorio se hizo una fila larga, larga, que daba la vuelta a la plaza como diez veces. De primeros estaban don Sebastián y su violín, y el conjunto de músicos.

Luego una bandada de niñas vestidas de ángel. Con ellas, la niña Amalia y su manual de catecismo. La seguían las panaderas: Isabel, Efigenia, Juanita, Edilia, Armenia y muchas otras con cestas de mantecadas, paledonias, roscas dulces, acemas y bizcochitos de agua.

Atracito, la señora Felicia con suspiros de azúcar.

Doña Carmen, la de la esquina de la plaza, con una bandejota de chupetas largas y montones de caramelos de melcocha. Las hijas de don Felipe, las de la plaza con un cofrecito de sedas para bordar, hilo *crochet* y agujas.

Por ahí mismo estaba la señorita Graciela con Omaira y sus hermanas, con tierras de colores, musguito y telas teñidas para el pesebre.

Más atrás iba Nacho (como papá lo llamaba) con su camándula y un puñado de cuentos de esos que él siempre carga para que los rezos no se aburran y las letanías no se pongan tristes. Don Elbano no podía faltar con la llave del museo, y por supuesto, don Ramón con el parlante y sus rollos de cinta negra prodigiosos.

Doña Elena, Teresa, la de al lado y otras vecinas con cartón, papel de seda, tijeras, cortinas y flores, y muchísimas ideas para armar el monumento de Corpus Christi.

También estaban Marina, Mary, y todos los demás hermanos, encabezando el grupo de artistas del color y las formas, con lápices y creyones, lienzos y acuarelas. Y don Aníbal con paleta y caballete y una gorra francesa...

Y cómo no iba a estar Pedro, el gran pintor, ofrendando su talento. Esas manos benditas que cuando pintan, saben cómo ponerle el brillo del ojo al ojo, diferente al de las perlas, o la seda... como si por sus venas no pasara sangre sino espíritus maestros, o dioses. ¡Dioses que a través de sus manos pintan y moldean!

Después iba Bernabé, para ofrecer sus telas, paraguas y sombreros... Y don Juan Pedro, Marcos y Santiago de parte de los pulperos.

Muy impaciente, y con estuche en mano, iba Mano Cheque, el vacunador, seguido de doña Asunta, doña Paula, doña Lina y doña Lourdes, las enfermeras del pueblo. Ramiro iba con ellas, con una enciclopedia en su cabeza sobre pastillas, y jarabes y todo eso.

Y seguía creciendo la fila de ofrendantes y de ofrendas. El otro Bernabé llegó con una canoa y unos remos. Y claro que estaban Raúl y Adela, y Cármenes y Ángeles y Juanas, Lolas y Chepas.

Por la mitad se movía mucho la fila. La gente reía y reía. Era que por ahí andaba don Segundo echando cuentos. Relatos que él mismo inventaba o exageraba con mucho ingenio.

Julio, Arturo y otros muchachos de la escuela también andaban por ahí, improvisando comedias.

Y seguían llegando albañiles, choferes, costureras, cocineras, ordeñadores, sembradores, carpinteros, estudiantes, maestros; y el padre, el organista y el monaguillo con incienso, por supuesto.

Casi al final estaba un hombre vestido de caqui, alto, y con una mudez de más de cien kilos de peso. ¡Cuántas palabras guardadas para sí! ¡Cuánto ensimismamiento!... Era Lino, don Lino, y llegó a ofrecer sus votos de soledad y su silencio.

Los pertrechados y los flacos, concubinos y casados, los envueltos en bambalinas de colores y los que veían la vida en blanco y negro, y los que frecuentaban la esquina de los grises, esos también aparecieron con su ofrenda.

Arriba, arribota, rodeando el pueblo, estaba lleno de cóndores. Estaban encaramados como si fueran nubes en el filo de los cerros. Y desde el altar donde la piedra se levanta con punta de lanza, viniendo, había uno que impresionaba por su destreza al volar. Casi hablaba en su aleteo, como invitando, inquieto.

Yo miraba y miraba embelesada... Mi hermana fue corriendo a dibujarlos con tiza en un pequeño pizarrón negro, que había colocado mamá en la casa, para que fuéramos esbozando ahí los sueños.

De púrpura, de noche

Todos vestidos del color del perdón.

Todos por la calle cantando, con un farolito en la mano, repitiendo los cantos I y II hasta el final de la procesión.

Canto I:

Perdón a ti, Pueblo. Perdón

Perdón a ti, Pueblo.

A ti, Pueblo, Perdón

Por las heridas que te han clavado,

Que te han quemado,

Que te han embuchado,

Que te han partido en cientos de pedazos,

Que te han hundido en el fondo del peñasco.

A ti, Pueblo, Perdón.

Por las heridas que te han disparado,

Que te han hincado hasta el desangre

con saña afilada en las manos,

Que te han roído y carcomido, reventado,

estrujado, hinchado, ignorado.

A ti, Pueblo, ¡Perdón!

Canto II:

Perdona la rosa enjaulada

La ira ensanchada

La risa exiliada.

Perdona la araña dormida

La ilusión perdida

La garganta amarga.

Perdona la falta de credo

La angustia y los miedos

La vela apagada

Perdona la mente nubosa

La lengua quejosa

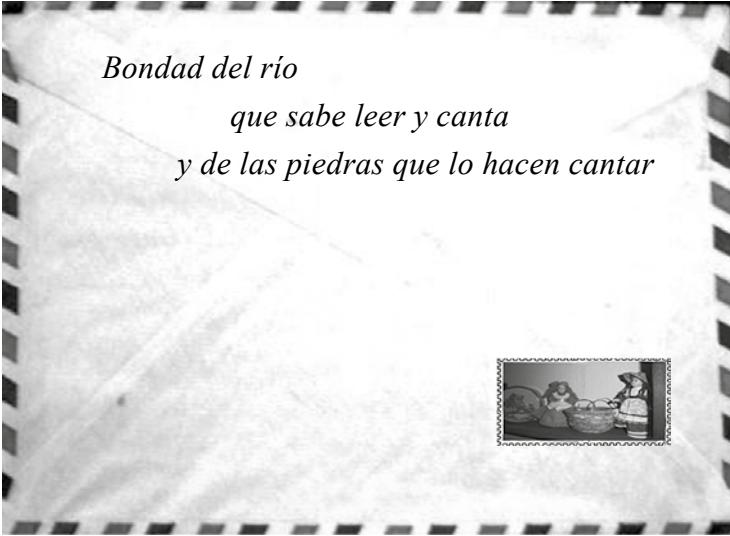
La brújula errada

La sien fragmentada

Y la puerta del alma llagosa.

¡Perdónalos. Perdóname. Perdónanos!

Carta-Manifiesto del Vínculo Perenne



Querido Pueblo:

De ti vengo, con lo que había en tu jardín, que yo hice mío: el blanco de las calas que bordeaban las calles y magnificaban el Ángelus, y el de las margaritas, de corazón redondo y relumbroso... y amarillo. También el amarillo que brilla entre las sementeras y luego se convierte en nubes de mariposas, o los carrielitos que nacen a la orilla del camino, y hacíamos reventar para escuchar su “chaz” en nuestra frente, y esas chispitas que se atreven a brillar como racimos de solecitos allá en el páramo donde el sol grande se vuelve arisco. El rojo de la pasión y de las matas de novio. El púrpura del perdón y las hortensias. El verde de la calma y el sosiego, y de la vida como cosa posible. El azul en su juego de tonos, que acompaña como un diapasón la melodía diurna desde lo alto.

De ti vengo, de los días de gala con rosas, azucenas y gladiolas en la iglesia, por los santos patronos, una boda o despidiendo a uno de sus miembros. Del olor a pupitre de la escuela. De los chubascos y los soles radiantes. Del frío y la ventisca, y las noches oscuras... y también de las lunas llenas. De la mezcla sagrada del sudor humano y el del buey, la vaca o el caballo.

De ti vengo, de infinitos caminos de sauce y eucalipto. Solares de duraznos. Buquecitos de berros. Follajes de saúco... Todo puro. Todo limpio.

Por eso hoy, invocando tu memoria en la mía, te abrazo con todas mis ramas: las sagradas y las profanas. Las del amor azul y la pasión. Las del dolor y la alegría. Las de la inocencia y el conocimiento. Las de las hojas recién abriéndose a la vida, llenas de brillo y de verdor, y aquellas menos verdes, menos tersas, pero que pueden dar fe del nacimiento continuo de otras.

Mis raíces,
olorosas a tu tierra
agradecen la nutrida vasija
que dispusiste para mí, anchamente.

En mí te llevo, memoria-pueblo,
con amor de aguacero
y lirio amanecido.



¿Y qué fue de la rosa?

Había una rosa aguardando para después.

Después, cuando yo pudiera abarcar con mis ojos su verdadera extensión. Cuando pudiera sostener su cáliz y beberlo, con toda la reverencia requerida a bordo.

Camuflada en mi nombre, allí vivía la rosa, sin que nos percatáramos del mar que rezumaba.

¿Y qué fue del terror que me inspiraba?

Todavía lo percibo, pero ahora lo acato, aunque se me haga raro que lo terrible conviva con lo hermoso; que la belleza produzca en el cuerpo lo mismo que un espanto, o esas noches de lluvia inclemente que nos estremece los credos y nos nubla el coraje, o la candela que agarra fuerza de súbito y lo deja a uno sin palabras, sin aire.

¿Será por eso que los poetas cantan al fuego que traspasa los vientos y celajes, alinean su corazón a la tormenta y recogen cerezas de los truenos y relámpagos, ululan versos bajo la lluvia nocturna, salpicados de charcas, meten la nariz en los abismos, y entran desnudos en los hirvientes cráteres?

Índice

Índice

En aquel tiempo...	17
LOS OCUPANTES I	
Cármenes, Ángeles y Juanas	23
Lolas y Lolitas	25
Josefas y Chepas	26
Este es un pueblo de locos	27
La niña Aminta	30
La niña Amalia	31
Una dama de antes	32
Mundo real/imaginario	33
El oficio de mi padre	34
¿Y mi madre qué era?	36
La Srta. Carmen, la maestra	38
Dictado: La vaca	40
LOS OCUPANTES II	
Los campesinos	43
Los tontos enamorados	44
Toña	46
La Nicha	48
Dominga y Francisca	49
Aparicia	50
Julio o el halo de pena	51
La muchacha que reza y reza	52
Una casa llena y vacía	53
A todos nos faltaba algo	54
Tarea: Descripción del color gris	55

ÁNGELUS DOMINI

El Ángelus y las calas	59
Las Eucaristías	60
La noche en que el cielo bajaba	61
La gruta	62
¿A qué huele la iglesia los domingos?	63
Cada casa con su altar...	64
Tarea: El día de San Rafael	65

MILAGROS EN LA MESA

Otra devoción: el tarro	69
Un manojito de berros	71
El horno, el pan y las hadas que amasan	72
En el comedor	73
Tarea: Adivinanza	74

CAMINO Y VERDE

El pueblo: el parque	77
El manzanal y la miel	78
En el molino de paseo	79
Por la laguna todos los verdes	80
Dos hornos y una plazuela	81
¡Cuántos caminos hay!	82
Tarea: Los caballos y los campesinos	83

CASAS Y SOLARES

La casa de Monseñor	87
La casa de los Briceño	88
En el solar de mi casa	89
Tras la mata de tuna	90
Todo se guarda...	91

Tarea: El museo 92

UNO Y LOS OTROS

Rafaelito, las flores, la muerte y la vida 95

V de vergüenza, V de Venezuela 96

La niña teme a la rosa 97

Los guerrilleros, el miedo y la corazonada 98

Una niña juega 99

El examen final 100

Las capas de uno mismo... 101

Tarea: El grano de caraota 102

SIGNOS VITALES

El ofertorio 105

De púrpura, de noche 109

Carta-Manifiesto del Vínculo Perenne 111

Querido pueblo 112

¿Y qué fue de la rosa? 115

116

Mi primer jardín de certezas

Se imprimió en el mes de octubre de 2021
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo,
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Mi primer jardín de certezas, retratos a cuatro manos de una memoria-pueblo, obra con un espléndido ejercicio de la crónica, que conecta inocencia y oralidad, la autora supo tejer la prosa testimonial en clave poética y el trazo de los pintores ingenuos, para contar la historia personal y la historia de un pueblo y sus gentes.

ESMERALDA DEL ROSARIO RENDÓN BERRÍOS

Boconó, estado Trujillo. Se interesó en la literatura desde la infancia, cuando declamaba poemas en la escuela primaria de su pueblo, inducida por su madre. Egresada de la ULA-Táchira como docente en Educación, mención Inglés, y luego de una maestría en Lingüística Aplicada, ejerce en la misma institución, en el área de Lengua y Literatura Anglo-Norteamericana. Más tarde realiza la traducción del español al inglés del libro *Isabel*, de María Inmaculada Barrios. Otras creaciones de su autoría son los poemarios: *Poseso de la noche*, *Casa y jardín*, *Lirios y limones*, *En presencia de ti*, este último en versión bilingüe, en el cual le rinde homenaje a Emily Dickinson.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

